

oir el grito lanzado por Huáscar, para anunciar la llegada del difunto rey Huayna Capac.

En tanto que un nuevo sacudimiento de la tierra parecía estremecer todo el edificio. Huáscar, tendidos los brazos hacia la pared que se entreabría, gritaba a María Teresa: "Aquí está el muerto!" (1).

(1) En castellano en el original.

LIBRO QUINTO

LA parte del muro en donde estaban esculpidos los signos misteriosos y el par de aves con la cabeza de hombre, pareció girar sobre sí misma, y en el mismo momento María Teresa lanzó un grito espantoso porque llegaba el muerto. Fué hasta ella desde el fondo del negro abismo que dejaran descubierto las piedras ciclópeas al entreabrirse (1). Cuando éstas hubieron recobrado su posición primera, María Teresa le vió senta-

(1) Lo que aún se puede ver de las construcciones incas en el Perú, y particularmente en Cuzco, maravilla y deja estupefacto al viajero, así llegue de Egipto, de las llanuras de Tebas, la de las cien puertas, o de las orillas de Filé. En aquellos monumentos hay algo de prodigio, teniendo en cuenta los infimos medios mecánicos de que disponían los incas para el transporte de aquellas piedras con que construían sus templos. Estos, de pórvido o de granito ordinariamente, estaban hechos con sillares colosales que afectaban curiosas figuras geométricas y que encajaban unos en otros, lo que les daba una solidez de conjunto tal, que ni los más violentos terremotos pudieron, al cabo de los siglos, hacerlos vacilar. Si la conquista no hubiera pasado por aquellos edificios con su antorcha llameante y su poder de destrucción, aún estarían todos de pie, lo mismo que el primer día. Los diferentes

do delante de ella en un sitial de oro con dos asientos. Uno de aquellos asientos junto al rey muerto, estaba aún desocupado. Los indios gritaron: "¡Gloria al Inca!", y se prosternaron de nuevo. Los hombres que tocaban las "quenias" ejecutaron sus tocatas más fúnebres en los huesos de muerto. Las dos "mamaconas" que debían acompañar á María Teresa a las moradas encantadas del Sol, se colocaron a su derecha y a su izquierda, y las otras diez sacerdotisas formaron dos filas que no cesaron de entrecruzarse agitando sus velos. Cuando llegaban ante el rey embalsamado se arrodillaban, levantaban la cabeza y gritaban: "Este es Huayna Capac, rey de reyes, hijo del gran Tapac Inca Yupanqui. ¡Ha venido por los caminos de la noche a buscar a la nueva "Coya" que el pueblo inca ofrece a su hijo Atahualpa!" Luego se levantaban y se entrecruzaban y comenzaban nuevamente a agitar sus velos. Hicieron

sillares se ajustaban tan exactamente y estaban tan perfectamente unidos, que era imposible introducir entre ellos la hoja de un cuchillo. Algunas de estas piedras, según nos dice Acosta que las midió por sí mismo, tenían treinta y ocho pies de largo, por diez y ocho de ancho y seis de altura. Es indudable que los incas tenían su secreto, lo mismo que los egipcios tenían el suyo para levantar y transportar aquellos pesos formidables; y á lo que parece, ese secreto, tanto por lo que hace a los unos como por lo que respecta a los otros, debió de ser *hidráulico*. Por lo tanto, no hay que maravillarse si se vé que una pared obedece a la presión del dedo o gira sobre sí misma. Así puede uno explicarse los milagros,—siempre los mismos,—que tenían lugar en los templos de que nos hablan los autores y que estaban destinados a impresionar la imaginación de las multitudes. Los incas no ignoraban, en efecto, nada de lo referente á la acción de las aguas, ni de la fuerza que se le puede pedir a una gota de agua.

esta maniobra unas doce veces. Cada vez gritaban más fuerte y cada vez eran más estridentes las tocatas que ejecutaban los flautistas en los huesos de muerto. María Teresa, siempre estrechando entre sus brazos a Cristobalito, que había ocultado la cabeza en su seno al aparecer Huayna Capac, miraba al Muerto y el Muerto la miraba a ella. Parecíales a todos que un terror hipnótico paralizaba á la joven frente al enviado del infierno inca, "que iba a buscarla".

También el rey vestía la túnica de piel de murciélago, propia para recorrer los caminos de las tinieblas, pero bajo este ropaje dejaba entrever el manto real y las sandalias de oro. Tenía descubierto el noble rostro impassible y severo, que conservaba el color moreno que fuera natural en él. Sobre sus cabellos, negros como el ala del cuervo, sólo llevaba el "llantu", la corona ligera de cintas y flecos, semejante a la que ciñeran a las reinas de María Teresa; pero la del rey tenía, además, dos plumas de "coraquenque". ¿Era que los guardianes del Templo de la Muerte habían deslizado bajo los párpados embalsamados el falso brillo de dos bolas de cristal, o que el prodigioso secreto de los siglos la luz de las regias reservado a través de los siglos la luz de las regias pupilas? ¿Pues no le parecía a María Teresa que aquel fúnebre monarca clavaba en ella una mirada terriblemente llena de vida? Estaba sentado con gran naturalidad, apoyadas las manos en sus rodillas. La joven creía que respiraba; hasta el punto era perfecta la apariencia de la vida

real en aquel muerto (1). Lanzó un gemido de horror que nadie más que Cristobalito oyó, porque aquella era la duodécima vuelta que daban las "mamaconas" cantando cada vez más fuerte, y los hombres que tocaban las "quenias" las acompañaban, y todos habían llegado a un diapason tal, que en la "Casa de la Serpiente" sólo se oían ya sus gritos desgarradores y salvajes.

Los indios de la asamblea comenzaban también a moverse ululando, de derecha a izquierda, imitando a los tres guardianes del templo. María

(1) Ondegardo, Rel. Prim. M. S.; Garcilaso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XXIX. Los peruanos ocultaron las momias de sus soberanos después de la conquista, para que no fuesen profanadas por los insultos de los españoles. Ondegardo, siendo corregidor de Cuzco, descubrió cinco, tres de hombre y dos de mujer. Las primeras eran los cuerpos de Viracocha, del gran Tpac Inca Yupanqui y de su hijo Huayna Capac. Garcilaso las vió en 1560. Estaban envueltas en sus túnicas reales, sin más insignia que el *llantu* en la cabeza. Tenían la actitud de personas sentadas, y, para emplear su expresión, era en ellas perfecta la apariencia de la vida real, sin que les faltase ni un pelo de las cejas. Cuando las llevaban por las calles, decorosamente envueltas en una capa, los indios se arrodillaron en señal de respeto, entre lágrimas y lamentos, y se conmovieron aún más al ver que algunos españoles se descubrían para rendir homenaje a aquella majestad desaparecida. Los cuerpos fueron llevados después a Lima, de donde desaparecieron misteriosamente. El P. Acosta, que pudo verlos, da testimonio de su perfecto estado de conservación. «Hubiérase dicho que era una asamblea religiosa abstraída en sus devociones; hasta tal punto las formas y las facciones conservaban la apariencia de la vida». No fué menos completo entre los incas que entre los egipcios, el feliz éxito en el orgulloso empeño de prolongar la existencia del cuerpo más allá de los límites que la naturaleza le señala. Audaces, por lo demás, una señal que aún ahora obra maravillas en los cadáveres. Rica en salitre, la arena de la *Costa* tiene la propiedad de conservar los cuerpos como si hubiesen sido primorosamente embalsamados.

Teresa seguía mirando al muerto, no sólo porque no podía hacer otra cosa, puesto que estaba enfrente de él y como hipnotizada, sino porque "no quería mirar a los ponchos rojos". Comprendía que sus ojos, si no permanecían clavados en el muerto, se volverían fatalmente a aquéllos y los descubrirían.

María Teresa estaba ya como medio absorbida por la idea de la muerte; pareciale que la tierra la poseía, que debía ahogarla, pero que aún conservaba libre la cabeza. Y no tenía más que un temor determinado en medio de aquel insondable abismo de espanto en el que se precipitaba: que su cabeza se volviese, a pesar suyo, hacia los que aún podían salvarla y revelase su presencia a aquel pueblo fanático. Por ello se esforzaba en "hipnotizarse" frente al muerto. Y el pueblo inca al ver que se realizaba este milagro y que ya la tenía el muerto en su poder, daba gracias a la divinidad.

Pero Huáscar levantó el brazo, hizo una señal con dos dedos de la mano derecha y hubo un silencio, y la inmovilidad de todos fué instantánea y completa. ¿Qué iba a pasar? El hombre del "cráneo en forma de pilón de azúcar", el del "cráneo en figura de maletita" y el del "cráneo semejante a un capacete", se acercaron e indicaron a las "mamaconas" que debían morir el sitio que permanecía desocupado en el doble trono de oro. Las "mamaconas" dijeron inmediatamente a María Teresa en indio "aimara": "¡Vamos, "Co-ya", ven! ¡Feliz tú! ¡El rey te llama!" Y la levanta-

taron y la sentaron en el sitio vacío del doble trono de oro, al lado del rey difunto Huayna Capac, hijo del gran Tupac Inca Yupanqui. Y hecho esto, volvieron el trono hacia la asamblea, hacia los "ponchos rojos".

SU CUERPO SE ENCORVA EN REPLIEGUES TORTUOSOS

MARÍA Teresa cerró los ojos para sustraerse al horror de verse en el mismo sillón que el muerto que debía llevarla a las entrañas de la tierra y también para no "verles", para no ver a los ponchos rojos... para no "verles"... para no verles... porque comprendía que si su mirada se cruzaba con la de Raimundo y con la su padre, prorrumpiría en sollozos, o se levantaría como una loca para correr hacia ellos, o les diría algo que los perdería a todos. Sin embargo, aunque tenía los ojos cerrados y aunque parecía tan momificada ya como su compañero el rey, se enteraba de lo que sucedía. Cristobalito lo veía todo por encima de los brazos doblados de su hermana, y se lo contaba en voz tan baja, tan baja, que María Teresa apenas sentía su aliento ascender a lo largo de su garganta desnuda: "Raimundo ha levantado la cabeza... y papá también... papá ha hecho una seña... pero no digas nada". María Teresa apoyó su mano trémula en la boca del niño, y éste comprendió que debía callar.

—¡De modo que están aquí! — pensaba María Teresa. — ¿Qué intentarán? ¿Qué podrán hacer?

Era horrible saber que estaban allí, ocultos e impotentes... ¡Porque si no se creyesen impotentes no se esconderían! ¡Hubieran ido con la policía, con los soldados!... ¡Esto era lo que no comprendía!... ¿Por qué se ocultaban para salvarla? ¿Serían los indios los dueños del país?... Pensó en la revolución, en el general García que había pedido su mano... ¿Por qué no habían ido a buscar a García? Hubiera acudido con su ejército en su auxilio. Pero ellos, disfrazados con sus ponchos rojos, ¿qué iban a hacer entre toda aquella gente que quería matarla? ¿Qué podían hacer? Sin embargo, debían tener su plan.

Las "mamaconas" cantaban: "Los terremotos agrietaron la tierra, la luna apareció rodeada de anillos de fuego de diversos colores; el rayo cayó en uno de los palacios reales y lo redujo a cenizas; vióse un águila perseguida por varios halcones atronar el espacio con sus gritos, cernerse sobre la plaza de la ciudad y, herida por las garras de sus agresores, caer sin vida en presencia de los incas más nobles!" Al oír estas últimas palabras que recordaban, con arreglo al rito, la derrota y la muerte de su último rey, todos inclinaron la cabeza sollozando, y el aliento de los tocadores de "quenía" pasó temblando a través de los huesos de muerto. También Huáscar se había inclinado; luego levantó la cabeza; sus ojos se clavaron en los de María Teresa que se entre-

abrían. La joven le vió y se estremeció. Tenía la seguridad de que el indio la amaba y deseaba su muerte. Cuando Huáscar dió algunos pasos hacia ella, creyó llegada su última hora, tan sombría era la expresión de su mirada. Habría podido suplicar a la multitud anónima; suplicar a aquel hombre le hubiese sido imposible. Cerró los ojos.

Entonces le oyó decir con una entonación lenta y monótona como la que adoptan los sacerdotes en la iglesia: "Coya, perteneces a Huayna Capac, el gran rey que ha venido de los infiernos para guiarte a la casa de los hijos del Sol. Te dejamos con él. El te revelará el misterio que los vivos no deben conocer. Te hará atravesar las galerías de las tinieblas y te mostrará, con arreglo al rito, la gloria de Cuzco, hija del Sol. En fin, él será quien, una vez en el templo, te obligará a sentarte entre las cien esposas. Debes obedecerle y, "si quieres que no se rompa el encanto, no te levantes hasta que él se levante. Y acuérdate de que la serpiente vela en la Casa de la Serpiente".

Se retiró andando de espaldas entre los tres guardianes del templo, mientras que el pueblo salía lentamente por las tres puertas. Todas las "mamaconas" se marcharon también, recogiendo sus largos velos negros sobre sus cabezas, como las mujeres enlutadas que salen del cementerio. Y hasta las dos que debían morir se retiraron después de besar los pies de María Teresa que asomaban desnudos bajo la túnica de piel de murciélago.

La idea de que iban a dejarla completamente

sola en aquella sala que las sombras de la noche invadían rápidamente, sola con su hermanito Cristóbal en los brazos, al lado del Muerto, le causaba un horror más grande que el espectáculo que acababan de ofrecerle aquellos salvajes. ¿Por qué se marchaban?... Sin duda porque iba a suceder algo tan horrible que no se encontraban con valor para presenciarlo. Huáscar lo había dicho: "Hay misterios que los vivos no deben conocer." ¿Qué iba a hacer con ella aquel muerto? ¿Por qué le habían prohibido levantarse? "No te levantes hasta que él se levante". ¿Iba a levantarse? ¿Aquel muerto iba, pues, a echar a andar delante de ella? ¿Iba a cogerla de la mano con su repugnante mano de momia? ¿Iba a llevarla junto a los muertos, por las galerías de las tinieblas?

Hubiérase dicho que a medida que la sala se vaciaba iba disminuyendo la luz.

¿Y los "ponchos rojos"? ¿No acudirían al fin en su socorro? ¿No la arrancarían de entre los brazos del muerto...? ¿O bien se marcharían lo mismo que los demás?... Ahora los mira, mira a los cuatro ponchos rojos que siguen prosternados sobre las losas... Las "mamaconas" le han dicho: "Son los directores del sacrificio"... Entonces se quedarán seguramente... porque el instante del sacrificio se acerca... y tienen el deber de quedarse... Huáscar ha dicho que se marcharán todos excepto el Muerto... Indudablemente no pensaba en los "directores del sacrificio" que deben tener la obligación de quedarse. Sin embargo, sería preciso saber... Los guardianes del templo se han

marchado... Huáscar se ha marchado... Tal vez los cuatro ponchos rojos se dispongan a seguirles. ¡No! ¡No se mueven!... ¡Ah! María Teresa puede mirarlos... ellos no la miran. Están ahí, caídos sobre las losas, como unos cuerpos inertes...

Pero ya no quedan más que veinte indios en la sala. ¿Qué esperan los ponchos rojos para correr hacia ella?... ¿Qué espera Raimundo?... ¿Qué espera Raimundo!... "¡Oh! María Teresa, vamos a quedarnos solos con ellos—murmura Cristóbal—¡nos salvarán!..." ¡Eso es, evidentemente—piensa la joven—eso es!... ¡Ese es su plan!... Han debido seducir a los verdaderos directores del sacrificio, han debido sobornarles o matarles, comprar la complicidad de algunos caciques (¡son tan aficionados al dinero!)... y gracias a esto se han introducido en la "Casa de la Serpiente" disfrazados con los ponchos rojos, sabiendo que al final de la ceremonia los dejarían completamente solos con María Teresa, Cristóbal y el Muerto!... ¡Vamos, todo iba a arreglarse de la manera más sencilla del mundo, porque todo estaría preparado para la huida, y seguramente no sería el Muerto quien se opondría a ella!

Ahora el muerto inspiraba menos miedo a María Teresa.

Besó a Cristobalito, que la devolvió su beso y la estrechó entre sus bracitos... Ya sólo quedan cinco, cuatro, tres indios... Se vuelven a mirarla antes de marcharse... ¡Ah! No quiere moverse... no... no... ni un solo movimiento... ¡está prohibido!... ¡No debe levantarse hasta que el Muerto

se levante!... Y permanece inmóvil, con su hermanito en brazos, en su butaca de oro... ¡Ya no hay un solo indio! ¡Ni uno solo!... Nadie más que los directores del sacrificio, que se levantan a su vez y lentamente se dirigen hacia las puertas... ¡Sí, también ellos se van... se van!...

¡Ah! María Teresa lanza un gemido ahogado... No se atreve a gritar, no sabe si debe y puede gritar... Pero, verles marchar como los demás, sin dirigirle una mirada... se le parte el corazón... Y Cristobalito llora... no puede contener el llanto... "¡Se marchan! ¡Se marchan!"—dice entre sollozos, pero ella le hace callar... Es preciso ver... es preciso tener valor hasta el último momento... Tres, tres directores del sacrificio se alejan lentamente, con las cabezas inclinadas bajo el peso del tocado sacerdotal... y se dirigen hacia las tres puertas... pero uno, el cuarto, se ha parado en medio de la sala, volviéndose a medias hacia María Teresa... y le hace una seña... ¡y aquel poncho rojo es Raimundo!... ¡Ah! ¡Seguramente están salvados! Pero, es preciso tener prudencia, ¿no es verdad?... Mucha prudencia... Los tres ponchos rojos se dirigen, pues, hacia las tres puertas y miran con precaución hacia los patios, porque cada puerta da a un patio como en todos los palacios incas en los que ninguna habitación se comunica con otra habitación.

¿Se han marchado los indios? ¿Se han marchado en realidad?... Evidentemente, eso es lo que miran, de eso es de lo que quieren cerciorarse. Y Raimundo piensa indudablemente que tardan mu-

cho. ¡Espera la señal! ¡Espera la señal! Y sus manos, en las que empuña un arma, un arma horrible, se tienden hacia María Teresa, que olvidando la recomendación de Huascar, se incorpora en su trono de oro, mientras que el Muerto permanece inmóvil, como corresponde a los muertos, sobre todo a los reyes muertos que tienen dignidad y se respetan a sí mismos... ¡Ah! ¡La señal! ¡La señal!... ¡Es el marqués quien la da!... "¡Recuerda!"...

Al oír esta palabra que esperaba con una impaciencia cruel, Raimundo se precipita hacia María Teresa. El marqués le sigue y, en tanto que los otros dos continúan vigilando en las puertas, ellos corren, suben los altos escalones de pórfido, tienden los brazos a María Teresa... Y María Teresa, levantándose del todo esta vez, lanza un grito de alegría y de triunfo y ya se dispone a arrojarle en sus brazos con Cristobalito... cuando de repente, en el mismo instante en que va a abandonar el trono fatal, se oye un silbido siniestro, en tanto que ella exhala un alarido espantoso y trata de huir con el niño de entre los repliegues monstruosos de un animal enorme que acaba de "surgir a su lado", que la oprime entre sus anillos, que la estruja, que la sujeta, que la encadena al trono de la Muerte, junto al Muerto! ¡"Es la Serpiente de la Casa de la Serpiente que guarda su presa!"...

Raimundo y el marqués han lanzado un grito de horror al ver alzarse ante ellos aquella muralla inesperada y se precipitan sobre el monstruo cuya

cabeza se balancea por sobre ellos con un extraño rumor de cascabeles.

¡Quieren arrancarle sus dos víctimas!... ¡La golpean! ¡La estrechan entre sus brazos a su vez! ¡Quisieran matarla!... ¡ahogarla! ¡Horror!... Sus manos no tocan la carne de un ser vivo, sino el frío del metal, anillos que rechinan, que se deslizan unos en otros, movidos por algún mecanismo infernal (1), escamas de cobre (2) que defienden a María Teresa y al niño de los esfuerzos de los que intentan salvarles, mejor que las rejas de una cárcel!

En vano trata Raimundo de atraer hacia sí el cuerpo helado de María Teresa; en vano coge el marqués entre sus brazos a Cristobalito... No pueden arrebatarse su presa al monstruo que surgía balanceando por sobre ellos su cabeza triangular cuya boca entreabierta deja escapar un silbido cada vez más agudo y aquel ensordecedor repiqueteo de cascabeles... que hace acudir a los indios...

Natividad grita "¡Aquí están! ¡Aquí están!" y escapa... pero, ¿por dónde escapar? Y el marqués no quiere huir... ¡Y Raimundo no quiere separarse de María Teresa!... Y la sala se llena nueva-

(1) Los sacerdotes incas, como los sacerdotes egipcios, habían colocado en el fondo de sus santuarios para herir la imaginación de los muchedumbres, curiosos mecanismos de cuyos resortes guardaban el secreto bajo pena de muerte. Véase á este propósito a Pedro Pizarro y a Garcilaso. La leyenda que atañe a la Casa de la Serpiente, que nunca dejaba escapar su presa, derivase, sin duda, de un mecanismo de esta especie.

(2) Los incas no conocían el hierro.

mente de indios... de dignatarios, de caciques... de ponchos rojos que gritan: "¡Sacrilegio!"... de "mamaconas" que agitan desesperadamente sus velos negros, de soldados quichúas que hacen abiertamente causa común con la partida de Oviedo Runtu, en tanto que él es el único que permanece insensible.

LAS PRECAUCIONES DE ORELLANA EL LOCO

A l fin aparece Huáscar. ¿De dónde viene? Su calma, su inmovilidad, en medio de todo aquel tumulto, parecen indicar que semejante escena no le ha sorprendido... que nada puede sorprenderle... No hubiese dado muestras de mayor tranquilidad si hubiera sabido lo que iba a ocurrir. El es el que manda, el que hace cargar de cadenas a los prisioneros, al marqués, a Natividad y al tío Francisco Gaspar, el cual, ante la brutalidad de sus agresores, comienza a preocuparse y a dejarse vencer por el terror... Huáscar es quien manda a sus indios que se lleven a los desdichados.

El marqués grita por última vez: "¡Cristóbal! ¡María Teresa!", pero ellos no le responden, porque ya están como muertos entre los anillos de la serpiente.

Huáscar tiene una expresión cada vez más sombría, porque en vano, en la sala llena de gente, buscan por orden suya a Raimundo. Raimundo ha huido. ¿Será Raimundo el único que logre sus- traerse a su venganza?

Los indios salen de la sala detrás de los cauti-

vos, celebrando la gloria, la fuerza, la astucia y la habilidad de la serpiente de la Casa de la Serpiente. Durante el tumulto, las "mamaconas" cubrieron con sus velos negros la momia sentada de Huaynac Capac. En cuanto los indios se van, recogen sus velos y se marchan a su vez. Luego salen los demás dignatarios, excepto Huáscar y los tres guardianes del templo, cuyas repugnantes manecitas acarician a la serpiente. Huáscar se desliza por detrás del doble trono de oro. Y como si hubiese recibido una orden, la serpiente cesa de silbar, y cierra su innoble boca ahogando el rumor de cascabeles... y poco a poco, va replegándose... con una lentitud sólo comparable a la rapidez que desplegara al distenderse y enroscarse al cuerpo de María Teresa y de Cristóbal. Al fin la serpiente acaba por desaparecer detrás del sillón de oro. Huáscar, entonces, toca la piedra de la pared, en el sitio en que está esculpido el "coraquenque", el pájaro con cabeza de hombre, y la piedra gira de nuevo, dejando abierta la "galería de las tinieblas". Inmediatamente el doble trono se desliza por la "galería de las tinieblas", llevando al rey muerto, a María Teresa y a Cristóbal. Y, la pared se cierra tras ellos, porque hay misterios que aquellos cuya muerte no está próxima, no deben conocer. Inmediatamente, los tres guardianes del templo inclinan sus tres cabezas de monstruos ante Huáscar y Huáscar se queda solo en la Casa de la Serpiente, porque tiene derecho a ello, pues Huáscar es el último sacerdote supremo de los últimos incas. Está solo, a oscuras, sentado en el escalón

más alto de la escalera de pórvido, con la cabeza entre las manos. En esta postura permanece hasta la aurora.

.....
Oculto en un nicho de piedra labrado por las manos de los incas, Raimundo esperó toda la noche a Huáscar, delante de la Casa de la Serpiente. Pero no vió salir a ninguno de aquellos por los cuales se había quedado allí, no obstante el peligro que corría de ser reconocido por los quichúas, dignatarios del "Interaymi". Algunos, al pasar, miraron a aquel pobre indio que parecía dormir, envuelto en su poncho, pero ninguno sospechó que aquel hombre era el que se había escapado de entre sus manos en el momento en que fué descubierta el sacrilegio. La obscuridad de la noche favorecía a Raimundo. Ella le había salvado en aquella vasta sala a la que se habían precipitado los indios, al oír el silbido de la serpiente de cascabel. Entre el tumulto y la confusión general, tuvo la presencia de ánimo suficiente para volver del revés su poncho rojo, que de esta suerte se confundió con todos los ponchos quichuas. Salió con la multitud, se encontró en la calle y se ocultó en aquel nicho, vencido por los acontecimientos.

Ya no había esperanza; los quichúas eran los amos de la población. La última victoria de García había puesto en sus manos la ciudad de Cuzco. Todos los que no eran indios habían huído. Ahora bien: de los 50.000 habitantes de la antigua capital, las siete octavas partes eran indios de pura raza, que no se habían visto en semejante fiesta

desde la conquista española. Las escasas tropas que García había dejado allí, y a las cuales, por lo demás, se habían unido con entusiasmo los soldados vencidos de Veintemilla, hacían causa común con el vecindario indio, a cuya raza pertenecían y cuyas costumbres, creencias y fetichismo compartían.

Toda la región estaba en un estado de exaltación que nada podía calmar desde que García se alejara por prudencia. El general no había querido oponerse personalmente a estas manifestaciones de un fanatismo que, según él, debía decaer, naturalmente, una vez terminadas las fiestas del "Interaymi".

Entretanto, la ciudad se había convertido nuevamente en el dominio sagrado de los hijos del Sol, como en los tiempos de mayor esplendor de los Incas. Ni un instante cesaban los cantos, las procesiones y los bailes.

Cuando Raimundo y sus compañeros llegaron a los alrededores de Cuzco, en donde ocultaron su automóvil en un "tambo" (ventorro), al dueño del cual habían "sobornado", no tuvieron más remedio que convencerse de que por la fuerza no podrían intentar nada. Afortunadamente aún les quedaba el oro de García, su suprema esperanza.

Al posadero, un mestizo muy pobre, que no deseaba más que ser rico, le prometieron una fortuna si conseguía encontrar uno o dos "ponchos rojos", capaces de entenderse con ellos para arreglar un asunto de importancia mediante una cantidad considerable. Y todo había de hacerse sin que se enterase Huáscar.

El mestizo llevó al ventorro cuatro indios que aquella misma noche debían llenar las funciones de "directores del sacrificio", funciones que consistían en quedarse solos en la Casa de la Serpiente, delante de la Coya y de Huayna, antes del misterio de "las galerías de las tinieblas". A decir verdad, todo se presentaba perfectamente. "Se presentaba" demasiado bien y hubiesen debido desconfiar. Pero a Raimundo y al marqués les causaba demasiada alegría la idea de que al fin iban a llegar hasta María Teresa para reparar en detalles que hubiesen despertado la desconfianza de los menos avisados. Francisco Gaspar, que estaba presente cuando se hizo la "combinazione" pudo, con algún motivo esta vez, encogerse de hombros con desprecio ante lo burdo de la intriga. Todo quedó ultimado con los "ponchos", que cobraron inmediatamente la mitad de la cantidad, y que debían percibir el resto una vez alcanzado el triunfo.

Prometieron, por lo demás, contribuir a él facilitando el rapto y constituyéndose en guardianes de una de las puertas por la cual, una vez dado el golpe, podrían escaparse los viajeros con su precioso botín. En seguida, nuestros cuatro amigos se pusieron los ponchos de los "directores del sacrificio", se pintarrajearon y se cubrieron con el gorro con orejeras. La ceremonia debía tener lugar al anochecer, ante un populacho ebrio de alegría: quién iba a reconocer a aquellos falsos sacerdotes cuyo papel consistía en prosternarse hasta tocar con sus frentes los escalones de piedra. Como es

natural, Francisco Gaspar fué el primero en pres-
tarse a esta mascarada, como él la llamaba; acep-
tó su papel con un valor y una serenidad tal que
reconquistó la estimación del marqués y la de su
sobrino.

Natividad por su parte, pensaba en Jenny la
obrero, pero la aventura parecía estar próxima a
su desenlace. Por su oficio sabía que en aquel país
se podían hacer muchas cosas con dinero y cono-
cía la venalidad de los indios. No dudaba del buen
éxito final de aquella tragicomedia. ¡El indio ha-
bía sido burlado tantas veces por el blanco!

Ahora bien: en aquella ocasión el indio era el
que engañaba al blanco. Lo comprendieron a sus
expensas. ¡Bien se la había "pegado" Huáscar
con sus "ponchos rojos"!

¿Dónde estaban a la sazón los sacerdotes? ¿Los
que debían salvar a María Teresa y a Cristóbal?
¿En dónde estaba el marqués? ¿Y Natividad?
¿Y el ilustre académico? ¿En el fondo de qué
calabozo se hallaban y qué destino les espe-
raba?

En aquella calle oscura, delante de aquel pa-
lacio fatal, Raimundo esperaba a Huáscar para
matarle. Pero nadie salía de la Casa de la Ser-
piente. Al amanecer, una mano se apoyó en el
brazo del falso indio. Este levantó la cabeza. Re-
conoció al anciano que seguía a Huáscar en la
plaza de Arequipa. Tenía delante al padre de Ma-
ría Cristina de Orellana.

—¿Por qué estás aquí?—le preguntó el anciano.—La procesión no pasará por esta calle. Ven

conmigo; podrás ver a mi hija que va a salir de
"la galería de las tinieblas".

Estas palabras del pobre loco llamaron la aten-
ción de Raimundo, tanto más cuanto que en aque-
llos momentos pasaban por la calle numerosos
grupos, todos en la misma dirección. El anciano
añadió:

—Ven con ellos. Mira, todos van a la procesión
de "la Esposa del Sol"!

Raimundo se levantó y le siguió. En aquella
situación espantosa, que no era comparable a nada
de cuanto se hubiese podido imaginar en el mun-
do civilizado, acababa por encontrar muy natural
dejarse guiar por un loco. El anciano le decía
mientras andaban:

—Te conozco muy bien. ¡Has venido para ver
a la Esposa del Sol! Y hasta te has disfrazado de
indio para conseguirlo, pero tu disfraz es inútil.
¡No tienes más que venir conmigo y verás a la Es-
posa del Sol! Yo conozco perfectamente Cuzco y
su provincia, "por encima y por debajo". He vivi-
do diez años en los subterráneos. Cuando no es-
toy en los subterráneos enseño la ciudad a los
extranjeros. Y les hago recorrer todas las etapas
que recorría en otro tiempo la Esposa del Sol
antes de reunirse con el Sol en el templo de la
muerte, que es al mismo tiempo el templo del Sol,
pero por "debajo de la tierra". ¡Ya verás, es muy
curioso!... Hoy será más curioso que la última
vez, porque la última vez tenía que ocultarse y
las procesiones sólo se celebraban en "las gale-
rias de las tinieblas", pero hoy son los amos, "lo

mismo arriba que abajo". Huayna Capac, el rey muerto, se atreverá a mirar una vez más al Sol vivo. Y se paseará por las calles de la ciudad. Si no sabes esto, es porque no escuchas lo que dicen a tu alrededor. ¿En dónde están tus compañeros? ¡Hubiese podido enseñarles la ciudad también a ellos! ¡Y hacerles recorrer las "etapas"! y no les hubiera pedido mucho dinero. Con unos cuantos "centavos" puedo vivir semanas enteras. Los fondistas lo saben y me confían sus huéspedes para que les enseñe la ciudad, porque no hay quien la conozca mejor que yo. Tú has venido a ver las fiestas del "Interaymi". Te he visto por primera vez en Mollendo, luego junto a la casa del río Chile, en Arequipa, y por último delante de la Casa de la Serpiente. Estas son todas las etapas que hay que recorrer antes de llegar a las "galerías de las tinieblas". Por allí es por donde se llevaron hace diez años a mi hija María Cristina, que era la muchacha más linda de Lima y a la que juzgaron digna de su dios. Yo no estaba prevenido. Pero, esta vez no sucederá lo que ellos creen. Cuando ví que se acercaban las fiestas del "Interaymi", me dije: "Orellana, es preciso que tomes tus precauciones". Y las he tomado, palabra de honor. ¡Ven, oigo el rumor de las flautas de huesos de muerto!"

EL CORTEJO DEL "INTERAYMI"

Le hizo atravesar todo Cuzco y Raimundo no veía nada de aquel antiguo Cuzco ciclópeo sobre el cual está construido el Cuzco moderno; recorrió aquella ciudad prodigiosa que fué fundada, sin duda, por gigantes o por dioses, porque los bloques de granito y de pórfido de sus edificios se han movido desde que una fuerza desconocida de los hombres de nuestra época los colocó allí. Y no se moverán nunca, y morirán con el mundo, muchos años después de que el huracán o los temblores de tierra hayan hecho desaparecer las construcciones de los "conquistadores". Pasaba sin mirar aquellos maravillosos vestigios del pasado. Caminaba en pos de la multitud, en pos del anciano que le conducía a una nueva etapa del martirio de María Teresa.

Salieron de la ciudad, y Orellana, cogiéndole de la mano, como hubiese hecho con un niño, le hizo

subir a un montículo llamado en quichúa. "qqi-sillo Hungu-Ina" (el lugar en donde baila el mono). Una vez en lo alto del montículo tuvieron que encaramarse a uno de los bloques de granito esculpidos y transformados por los obreros incas en terrazas, en galerías y en gigantescas gradas. Infinidad de indios ocupaban ya aquellas laderas, y todos miraban hacia el "Sacsay Huaynam", la colina de piedra, el fuerte ciclópeo, el primer testigo del esplendor de la Edad Antigua. Tiene más de mil pies de extensión y posee tres murallas escalonadas y llenas de nichos, en los que aquel día, lo mismo que en otro tiempo, se refugiaban los centinelas.

Todos los ojos estaban, pues, vueltos hacia el "Sacsay Huaynam", y todos los ojos buscaban en el "Sacsay Huaynam" el "Intihuatana", que es el pilar "al cual encadenan el Sol"!

Orellana lo explicaba todo con su voz cascada, como un guía que no puede perder la costumbre de explicar.

—Vea usted "señor", el pilar que servía a los indios para medir el tiempo. El es el que hoy indica convenientemente la hora a que ha de celebrarse cada una de las ceremonias de la fiesta. Es una piedra sagrada, erigida para determinar la época exacta de los equinoccios. Por eso la llaman "Intihuatana", "en donde encadenan al sol". ¡Ah, ah, atención... Mire usted!... ¡Empieza la procesión! Ha de saber usted que las "galerías de las tinieblas" se extienden bajo la ciudad y el campo entre la "Casa de la Serpiente" y el "Sacsay

Huaynam" (1). Cuando mi hija salga de las galerías de las tinieblas será para dar una vuelta alrededor del "Sacsay Huaynam" y del "Intihuatana". Entonces, cuando el sumo sacerdote deje en libertad al Sol, la procesión se dirigirá a las puertas de la ciudad.

En efecto, Raimundo veía distintamente todo un cortejo que se formaba alrededor de las murallas y a la cabecera del cual descubrió a Huáscar, que daba órdenes. Ya no volvió a ocuparse de Orellana; corrió hacia aquel lado y se acercó cuanto pudo a la procesión, sin lograr, sin embargo, atravesar las primeras filas de indios que atronaban el espacio con sus gritos.

No estaba muy lejos del pilar que servía para determinar los solsticios. Pudo ver que aquella columna aislada, colocada en el centro de un círculo, y cubierta de guirnaldas, de flores y de frutas, estaba coronada por un trono dorado. Exclusivamente reservado al Sol (2), aquel trono, desaparecido hacia siglos, había sido trasladado desde las gale-

(1) Estos subterráneos ó galerías de las tinieblas existen en realidad y forman un verdadero laberinto no sólo debajo de la ciudad, sino debajo de la provincia entera. Véanse todos los autores antiguos y modernos que han hablado del Perú.

(2) La época de los equinoccios se celebraba con festejos públicos. En lo alto del gnomon colocábase el trono del Sol; entonces, así como en los solsticios, las columnas se adornaban con guirnaldas y se hacían ofrendas de flores y frutos mientras que en todo el imperio se celebraba una gran fiesta. Los peruanos disponían sus ritos y ceremonias religiosas y daban prescripciones para sus labores agrícolas con arreglo a tales períodos. El año empezaba en la fecha del solsticio de invierno. Los conquistadores españoles derribaron la mayor parte de las columnas, como manchadas de idolatría. (Garcilaso, Retangos, Acosta).

rias de las tinieblas y colocado allí antes del alba. Aturdido por los gritos, los cantos y las danzas, Raimundo tuvo que esperar en el mismo sitio durante dos horas, esforzándose disimuladamente en conservar su puesto. Ya no veía a Huáscar y acabó por comprender que los sacerdotes que daban vueltas sin cesar alrededor del "Inthuatana" esperaban el momento del mediodía.

Al fin, vió a Huáscar, que se había puesto una capa pluvial de oro, que brillaba como el mismo Sol. Vuelto hacia el trono del Sol, el sumo sacerdote esperó unos segundos. Luego gritó en "aimara" esta frase que todos repitieron en quichúa y en español: "¡El Dios está sentado en la columna en todo su esplendor!" Y después, tras de algunos instantes más de espera, dió con una palmada la señal de marcha. El dios estaba libre, queremos decir que después de haber visitado a su pueblo continuaba libremente su carrera por los cielos. El pueblo le siguió desde la tierra, de Este a Oeste.

Primero se puso en marcha el cortejo sagrado; Huáscar iba a la cabeza, seguido de algunos centenares de servidores del dios, vestidos con mucha sencillez y cuya misión consistía en desembarazar el camino de todo obstáculo y cantar mientras andaban himnos triunfales. Tras ellos apareció un centenar de personajes vestidos con túnicas vistosas a cuadros rojos y blancos, dispuestos como los casilleros de un tablero de damas. Al verlos, el pueblo gritó: "¡Los amautas, los amautas!" es decir: ¡los sabios!, y los aclamó. Luego pasaron otros, todos vestidos de blanco, ar-

mados de martillos y mazas de plata y cobre: eran los "porteros" del palacio real; después desfilaron los guardias y la servidumbre del príncipe, que se distinguía por una rica librea azul y por la profusión de adornos resplandecientes; y por último los nobles, que lucían enormes pendientes. Toda la procesión bajaba desde el "Sacsay-Huaynam" al valle y al fin apareció ante los ojos deslumbrados del pueblo congregado en aquel lugar, la colosal litera en la que conducían el doble trono de oro. Al ver al rey difunto y a su compañera viva, la muchedumbre prorrumpió en aclamaciones, manifestando con sus gritos el entusiasmo hacia el descendiente de Manco Capac y su odio salvaje hacia la que representaba la raza conquistadora, hacia la víctima que iban a ofrecer en holocausto al astro del día. Por todo el trayecto la saludó un clamoreo lúgubre: "¡Muera la Coya!" "¡Muera la Coya!" María Teresa parecía ya tan muerta como el rey, su compañero. Se dejaba balancear al compás de los pasos de los nobles incas que llevaban la litera. Tenía una belleza de estatua, estaba tan blanca como el mármol más blanco, y llevaba en los brazos a Cristobalito, como una Virgen al Niño Jesús.

Al sacarles de las galerías de las tinieblas les habían quitado sus trajes de piel de murciélago para ponerles la túnica de lana de vicuña, tan fina que parecía seda. Las dos "mamaconas" que debían morir, iban detrás de la litera, con la cabeza cubierta por sus velos negros. Las demás "mamaconas" y los guardianes del templo habían desapa-

recido. Terminaba el cortejo con una compañía de soldados quichuas que llevaban el fusil al hombro y que caminaban lentamente, al son de las flautas de huesos de muerto; los tocadores de "quenía" cerraban la marcha.

Era bastante chocante el contraste entre aquel cortejo antiguo y aquellos soldados de un ejército moderno, pero el tío Ozoux era el único que hubiese podido saborearlo, y el tío Ozoux no estaba allí. Por lo que hace a Raimundo, en cuanto vió a María Teresa se puso como loco.

Como no podía a!rirse paso por entre la multitud, retrocedió para correr hacia las puertas de la ciudad en donde esperaba situarse en un buen sitio para presenciar el paso del cortejo. Pero en el momento en que llegaba al pie de la colina del mono que baila, se vió reducido a la inmovilidad por la multitud inmóvil que contemplaba la cima del "Sacsay-Huaynam" en donde, en lo alto de la torre más alta, aparecía, destacándose sobre el cielo, la silueta roja de un sacerdote cuya voz resonaba en todo el valle.

Raimundo reconoció al predicador de la piedra del sacrificio, al monje rojo de Cajamarca. Y supo que era, porque lo decían a su alrededor: "el sumo sacerdote de los "quipucamys", es decir, "de los guardianes del quipo", esto es, los guardianes de la historia. Y la voz que resonaba en lo alto del "Sacsay-Huaynam", contaba, mientras el cortejo permanecía parado, las glorias de otros tiempos; luego recordó el día en que el "extranjero" entró por primera vez en aquella llanura con un

ejército diabólico después de la muerte de Atahualpa. Lo mismo que aquel día el sol inundaba con sus rayos la ciudad imperial en la que había tantos altares consagrados a su culto. Innumerables edificios, que debían convertirse en ruinas, ocupaban en aquella época el centro del valle y las laderas de las montañas en las que se recortaban sus blancas siluetas. Los incas habían huído ante su nuevo amo, aterrados por el horrible sacrilegio, por el horrible crimen de que había sido víctima la divinidad en la tierra. Y miraban con espanto a aquellos soldados de cuyas hazañas se hablaba hasta en los lugares más apartados del imperio. Contemplaron maravillados sus armas resplandecientes y su tez tan blanca que parecían ellos los hijos del Sol y escucharon con sentimiento de misterioso terror las trompetas que lanzaban sus notas prolongadas a través de las calles de la capital, y el rumor de las pisadas de los caballos que hacían retemblar el suelo (1). Y acabaron por preguntarse, quién era el impostor, porque el jefe de los extranjeros llevaba a su lado a Manco, el descendiente de los reyes, y en su nombre disponía. ¡Y cuando el sol se ocultó aquel día tras las cordilleras, hubiera podido creerse que el Imperio de los Incas había muerto!

Pero no era así—añadió la voz con nueva energía.—No era así, puesto que el sol sigue luciendo

(1) La entrada de Pizarro en Cuzco ocurrió el 15 de noviembre de 1533. No hay relación mejor acerca de ella que la de Pedro Sancho y la carta de los magistrados de Jauja, seguida por Prescott en su texto. Los españoles serían quinientos, todo lo más, contra la población entera.

para sus hijos, puesto que los Andes aún alzan al cielo sus picachos, puesto que Cuzco (1) el ombligo del mundo, se estremece aún al oír la voz de sus sacerdotes, puesto que todavía permanecen en pie en el valle sagrado el "Sacsay-Huaynam" y el "Intihuatana", y puesto que al pie de las murallas santas, desfila como en otro tiempo el cortejo del "Interaymi!"

(1) El Cuzco quiere decir, en quichúa, el *ombligo*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN GRITO QUE VIENE DEL CIELO

AL pronunciar el sacerdote estas últimas palabras, la procesión volvió a ponerse en marcha, y a no ser por el anacronismo de aquellos soldados quichúas con sus fusiles al hombro, hubiera podido creerse que nada había cambiado en el valle de Cuzco, desde hacía cuatrocientos años.

Raimundo pudo al fin echar a andar, pero por todas partes tropezaba con una muralla de gente, y desesperaba de abrirse paso hasta María Teresa, cuando se encontró de nuevo con el anciano que le había llevado a la colina del mono que baila.

—¿Qué buscas? ¿Un sitio para verlo todo?—le preguntó Orellana;—ven conmigo y te enseñaré a mi hija. ¿Conozco Cuzco mejor que los Incas!... ¡Ven!... ¡Ven!

Raimundo se dejó llevar por el loco. Hasta entonces sólo tenía motivos para estar satisfecho de sus servicios; parecía un excelente guía, y como ambos tenían la misma idea fija, la de acercarse a María Teresa, el joven siguió a Orellana.

El viejo le hizo entrar en la ciudad por la orilla del torrente Huatanay, sobre el cual se ven aún los vetustos puentes construidos por los "conquistadores". Alejaronse rápidamente de la multitud por caminos extraviados. De este modo dieron la vuelta al maravilloso muro "Hatun Rumioc" (esto es: hecho de una sola piedra), que no puede compararse con ningún otro muro del mundo, por su mole y su solidez; pasaron por junto al "Calcaurpata", que según la tradición, fué el palacio del mismísimo Manco Capac, primer rey Inca, fundador de Cuzco, y luego bajaron hacia la "plaza principal", la "Huacaypata", como la llamaban antes los incas, como aún la llaman hoy día los quichúas. Para llegar a la plaza, Orellana hizo cruzar a Raimundo el palacio de las vírgenes del Sol ("Acca Huasi"), en donde las doncellas de sangre real vivían desde los ocho años al cuidado de las "mamaconas", literalmente "madres institutrices". Las quinientas doncellas que en aquel palacio habitaban, aunque vírgenes del Sol y consagradas a su culto, eran las prometidas del rey Inca, y cuando llegaban a la edad conveniente, las más bellas ingresaban en el serrallo real. Orellana, con los mismos gestos y las mismas palabras de siempre, señalaba aquellas paredes, aquellas habitaciones, aquellos patios, y daba las explicaciones correspondientes. Con aquel oficio se ganaba la vida.

Raimundo le empujaba, lleno de cólera, haciéndole andar a la fuerza, pero el anciano no se alteraba por tan poca cosa, y decía:

—Tenemos tiempo. Te prometo que verás a mi hija tan cerca, que podrás hablarla. Detente y escucha la voz del pasado y la música de los tocadores de "quenia"; seguramente el cortejo no ha llegado aún a "Santo Domingo", que ha sido construido sobre los mismos cimientos del Templo del Sol. Nunca he visto un viajero tan poco curioso como tú. Has de saber que en este antiguo claustro de las Vírgenes del Sol, viven aún seres entregados a la oración y a la práctica de la virtud. Los cristianos lo han convertido en un convento, bajo la advocación de Santa Catalina.

Raimundo echó a correr, guiándose por el rumor del cortejo que se acercaba. Pero el loco corrió tras él, gritando:

—¡Págame siquiera, págame! ¡Dame lo que me debes!

Raimundo le arrojó un puñado de centavos, que el anciano recogió. Cuando corría hacia la plaza principal, lleno de rabia por haber perdido el tiempo con aquel anciano evocador del pasado, tropezó de nuevo con las últimas filas de indios, y se consideró muy dichoso al encontrarse otra vez con Orellana, que le tiraba del poncho.

—Mucho has adelantado—le dijo el viejo;— más te hubiera valido quedarte conmigo. Conozco un corredor subterráneo que nos llevará al Sol, a la piedra más alta del antiguo templo erigido en honor del paje del Sol, que es la divina Venus, a quien ellos llaman "Chasca", o el mancebo de cabellos largos y rizados.

Orellana cogió de la mano a Raimundo con au-

toridad, y le hizo bajar a una cueva en donde encontraron una escalera que subieron y al fin de la cual se hallaron efectivamente en pleno sol y en la parte más alta de la plaza central. Indudablemente estaban en el sitio mejor para ver la ceremonia, y el cortejo y la muchedumbre que afluía, porque todas las calles convergían a aquella plaza, como los rayos al centro de una rueda.

Hallábanse en una de las piedras más altas de aquellos templos que rodeaban antiguamente el Templo del Sol, ruinas consagradas a la luna, "a los ejércitos del cielo" que son las estrellas, el arco iris, el relámpago, el trueno...

Aún están en pie las paredes, pero los templos se han convertido en tiendas, en talleres, en cuádras...

Inclinándose de tal manera que hubiese caído de no haberle sujetado el loco más cuerdo que él, Raimundo miraba... pero todavía no veía a los nobles que conducían la litera, el trono de oro en el que María Teresa, sentada al lado de la momia del rey, adoptaba ya una actitud de momia.

La cabeza del cortejo dió la vuelta a la plaza en el mismo orden ya descrito que observara a la salida del "Sacsay-Huaynam". Todos los "servidores" hicieron retroceder a la multitud, que de repente se prosternó lanzando grandes gritos y prolongados gemidos. La litera de oro acababa de aparecer y el rey Huayna Capac volvía a ver por primera vez, después de muchos siglos, el centro del mundo, el "ombligo" del cual había sido el amo, la plaza santa, la "Huacaypata", en donde

se alzaban los pilares de los equinoccios delante del Templo del Sol. La piedad hizo que toda aquella multitud se arrodillase ante aquella augusta sombra y ante aquella maravillosa evocación del pasado, olvidando su odio hacia la extranjera, hacia la "Coya", que permanecía inmóvil, con el niño en los brazos.

Llegó la litera al centro de la plaza. Entonces todo el pueblo se levantó lanzando exclamaciones de alegría, porque, en torno a la litera, los caciques y los jefes, y todos los nobles y los amautas, que son los sabios, se cogieron de la mano y se pusieron a bailar en corro, como antiguamente, cuando cada uno de ellos tenía un eslabón de la cadena de oro y bailaban la danza de la cadena. Pero ya no la tenían, porque, como es sabido, al enterarse de la muerte de Atahualpa, los nobles de Cuzco arrojaron esta cadena a lo más profundo del lago Titicaca, para que no cayese en manos del vencedor, puesto que ya no podía servir para rescate del vencido (1).

La danza sagrada de la cadena de oro combinaba rítmicamente sus eslabones, cuando un acontecimiento inesperado vino a alterar su armonía. ¡Una exclamación, un grito penetrante pareció bajar del cielo! ¡"Recuerda!"

Aquella palabra española que había sido la señal de la tentativa del rapto de María Teresa en la Casa de la Serpiente, hizo estremecer a la

(1) Pretenden algunos historiadores que esta cadena de oro era tan larga que podía dar la vuelta a las murallas de Cuzco.